

LAS REFLEXIONES DE UN PREDESTINADO

Por José Manuel Cuenca Toribio

En agosto del 89, el 61 % de los franceses no encontraban diferencias entre el socialismo mitterrandista y la derecha de su país. La manifiesta pero no por ello menos iluminadora tesis del fin de las ideologías parecía con ello confirmarse en la nación vecina, así como otras interpretaciones generales de politólogos e historiadores acerca de la primacía indiscutible de la gestión sobre el pensamiento en el mundo político de Occidente.

El todavía muy joven «delfín» de François Mitterrand, Laurent Fabius, ha partido de esta indefinición para reflexionar sobre el destino y las nuevas aventuras que pueden esperar en su patria al credo socialista. Dado el carácter de algunas de las páginas de la obra y, singularmente, las expectativas que encarna la figura de su autor en el horizonte político francés de este fin de siglo, la obra no debe verse exclusivamente como una reflexión teórica, sino también, y en idéntica proporción, cuando menos como un programa para la acción, que, llegado al Eliseo, podría desplegar Fabius.

Muy al tanto, y tal vez ulcerado por las críticas realizadas últimamente al socialismo gobernante, de haber abandonado las convicciones ante las ciudadelas del poder e ignorar o preterir las cuestiones palpitantes del debate ideológico del presente como las formas de la economía social, la ecología, la participación de los ciudadanos en la vida política, la formación de sociedades multirraciales, etc., etc., Fabius se afana por responder a to-

Título: «C'est en allant vers la mer»

Autor: Laurent Fabius

Editorial: Editions du Seuil, París, 1990, 223 páginas



Laurent Fabius

das ellas, intentando demostrar que las ideas no han desaparecido ante los goces materiales y que el Partido Socialista Francés está lejos de ser, como pretenden sus adversarios de izquierdas y de derechas, un cascarón vacío sostenido por el aparato del Estado.

Así, es muy viva su defensa de un concepto de desarrollo basado esencialmente en la protección a todo trance del medio físico, hasta el extremo de hablar de un «eco-desarrollo». Nacido al término de la primera revolución industrial, el socialismo necesita igualmente de modo imperioso, según el análisis del actual presidente de la Asamblea

Nacional Francesa, adaptarse y hacer suyos los mecanismos reguladores de la tercera versión de la innovación tecnológica. Conforme a su diagnóstico, el siglo XXI ha encontrado ya su cuna en estos años postreros del XX, y el socialismo del inmediato futuro será cibernético o no será.

Al lado de formulaciones y planteamientos doctrinales y un tanto abstractos, Fabius no dude el encararse con los problemas que animan con más fuerza la discusión política en su país. En dicho terreno puede quizá llegar a sorprender el énfasis puesto en su ataque contra la extrema derecha lepenista, auténtica «bestia negra» de sus requisitorias; y diatribas de las fuerzas opeadas al socialismo de un «hexágono» que se esfuerza, admirablemente, por conservar un papel europeo e internacional muy superior a su peso específico en economía, política, e incluso cultura, como no deja de reconocer el propio autor.

El mensaje de Fabius es, por supuesto, optimista. El PS no ha renunciado al porvenir ni perdido su identidad con las modificaciones operadas por su, hasta el momento, único dilatado ejercicio de las supremas responsabilidades del Estado. Su fuerza creadora permanece intacta, y seguirá dando eficaz respuesta a los grandes desafíos planteados al pueblo francés en los años venideros.

La actualidad española impone obligadamente la pregunta de si el socialismo dibujado por la personalidad gala tal vez con mayor capital político ofrece semejanza con el trazado en el controvertido «Programa 2.000». No atreveríamos a decir que no demasiadas. A ello contribuye la «heterodoxia» del PS francés dentro de la Internacional Socialista (muy significativa fue su ausencia en la reciente cumbre ideológica celebrada en Madrid), y también, reconocámonoslo, el menor gusto por las ideas, el más bajo perfil teórico de su homónimo hispano. No es «la

tentación totalitaria», como exageradamente se le ha reprochado, el mayor lunar del «Programa 2.000», sino su frontera con el erial. Todavía en España vivimos de traducciones, y a menudo, por contera, muy malas... ■

José Manuel Cuenca Toribio es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Córdoba.

ECOLOGIA Y ECONOMIA

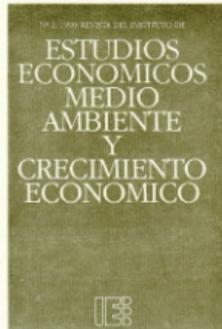
Por Luis Pastor

Autor: varios.

Título: Medio ambiente y crecimiento económico.

Editorial: Instituto de Estudios Económicos. Madrid, 1990, 446 páginas.

Precio: 1.450 pesetas.



El aparente antagonismo entre ecología y economía está convirtiéndose en una de las mayores inquietudes de nuestro tiempo. Mucha gente se pregunta —y no sin fundamento— a cuánto habrá que renunciar del bienestar que promete un desarrollo económi-

co sostenido para conservar el medio ambiente en aceptable estado o, incluso, para evitar una catástrofe ecológica.

Pero cabe un enfoque ecológico de la economía. La clave está en introducir el factor ecológico como una variable económica más, buscar el modo de conocer su precio y repercutirlo en el del producto final. Hasta ahora el medio ambiente sólo ha sido el soporte gratuito de la actividad económica, del que se ha usado y abusado con alegre ingenuidad. Hoy vemos las cosas de otro modo. Conocemos mejor los riesgos para la salud humana de la contaminación industrial, la contaminación de ríos, mares y tierras, los peligros de la «lluvia ácida» y del «efecto invernadero», la amenaza apocalíptica de la destrucción de la capa de ozono, la molesta compañía de los residuos radiactivos...

¿Cómo traducir esta «conciencia ecológica» en demanda organizativa dentro de la economía de mercado? ¿Cómo valorar los costes del uso del medio ambiente? ¿Cómo calcular el precio que la gente está dispuesta a pagar por un bien tantas veces difuso e intangible?

Los artículos que recoge esta *Revista del Instituto de Estudios Económicos* —coordinados y presentados por el profesor Ángel Ramos, miembro del Consejo Editorial de NUEVA REVISTA— son prueba de las preocupaciones y los ensayos ya en marcha para integrar la ecología en la economía. De momento, el mercado no es capaz de asignar eficazmente los bienes ambientales. Hay que suplirle con la intervención pública reguladora y el desarrollo de tecnologías orientadas prioritariamente a la conservación y restauración del medio natural. Pero esta suplencia no debería rebasar los límites de una inteligente subsidiariedad, de modo que la tutela estatal vaya desapareciendo en la misma medida en que la iniciativa privada vaya siendo capaz de asumir la demanda ecológica. Sin caer en radicalismos, conviene, sin embar-

go, mantener alto el listón de las exigencias medioambientales, lo que, a fin de cuentas, será una excelente guía por la que se orientarán muchos cambios de nuestro modelo económico. ■

Luis Pastor es licenciado en Filosofía y traductor.

EN DEFENSA DEL INDIÓ

Por Rafael Gómez-López-Egea

Título: «Quién era Bartolomé de las Casas».

Autor: Pedro Borges.

Editorial: Rialp, Madrid, 1991, 306 páginas.

Precio: 1.600 pesetas.

El dominico sevillano fray Bartolomé de las Casas fue ya desde los primeros tiempos de la conquista y colonización americana uno de los personajes más controvertidos, denigrados y ensalzados según los puntos de vista en aquel fundamental período histórico. Más tarde, a lo largo de los siglos, estudiosos, investigadores, moralistas y expertos en cuestiones del Nuevo Mundo han continuado prestando particular atención a fray Bartolomé con el mismo apasionamiento, a favor y en contra, de los primeros años. En épocas todavía recientes, dos historiadores como Ramón Menéndez Pidal y Manuel Giménez Fernández han dedicado voluminosos y bien documentados trabajos al estudio de la compleja personalidad del P. Las Casas, al que examinan en sus diferentes aspectos con el fin de lograr una visión sintética de su vida y de su obra.

El libro de Pedro Borges supone un planteamiento nuevo

del mismo tema, procurando mantener una línea de equilibrio necesaria para tratar a fray Bartolomé con objetividad, al margen de posiciones apriorísticas, tanto a favor como en contra del dominico. Sobre una imprescindible base biográfica, procede el autor a poner en relación palabras y hechos, opiniones, doctrinas y conductas



que se entrelazan en función de unos acontecimientos dramáticos en los que el fraile dominico decidió interferir con el decidido propósito de corregirlos según los dictados de su conciencia y de la vocación que él creía haber recibido de Dios. Naturalmente, las buenas intenciones que Pedro Borges le reconoce a Bartolomé de las Casas no significan que todas sus actuaciones concretas en defensa de los indios frente a la conducta de conquistadores y colonos fueran igualmente bonancibles y dignas de alabanza. Señala el autor que Las Casas viajó a América por las mismas razones que tantos españoles ansiosos de fortuna, fama y honores. Como el resto de sus compañeros, utilizó a los indios en provecho propio, obteniendo respetables beneficios a través de las «encomiendas» más tarde uno de los puntos clave en la doctrina y argumentos de Las Casas ante la Corte española. Sin embargo, los hechos muestran, como bien señala Pe-

dro Borges, que Bartolomé de las Casas se arrepiñó de su conducta, quedando tan pesoso de ella que por el resto de sus días se vio empeñado en la lucha para impedir que las injusticias practicadas sobre los indios continuaran desarrollándose del mismo modo.

Haciendo referencia a fechas, situaciones y textos, se desvela el «misterio» de Las Casas, cuyas intenciones y propósitos quedan expresados en sus escritos y contrastados con la realidad de los hechos históricos. Es evidente que fray Bartolomé, con el entusiasmo del «converso» y el deseo de reparar los daños causados a los indígenas, quedó situado en clara oposición con antiguos camaradas de armas y «encomiendas» que no pensaban renunciar a las ventajas que les deparaba la situación. Como es fácil imaginar, la lucha fue cruenta, debido a los intereses en juego. Pedro Borges tiene el acierto de observar las posiciones de unos y otros, concediendo a fray Bartolomé razones de índole sobrenatural que le impulsaban a salvar las almas de los indios y de sus dominadores, puestas en peligro, según el dominico, por las guerras de conquista y los sistemas de explotación utilizados por los españoles.

El temperamento vehemente de fray Bartolomé, su habilidad como polemista y capacidad de gestión en la Corte, le granjearon el odio de los que no pensaban como él, creando una situación de violencia que muchas veces hacía perder fuerza a los argumentos de Las Casas y truncaba algunas de sus iniciativas. Apunta Pedro Borges ciertas contradicciones en las posturas defendidas por fray Bartolomé en sus escritos, mostrando cambios surgidos al calor de una contienda que ganaba en intensidad con el paso del tiempo. Una prueba más de la complejidad de su pensamiento una vez que se concreta, pero también de la tenacidad con que defiende el verdadero fondo de la cuestión: la puesta en duda de